

Considerado, en el momento de su elección, como el "salvador" de su país, Jimmy Carter se ha convertido, a la vuelta de año y medio, en el Presidente más impopular de la Historia de los Estados Unidos. Franz-Olivier Giesbert se ha ido a la Casa Blanca buscando la explicación de esta voltereta y ha sido recibido con sonrisas.

# EL «PELIGROSO» CARTER

FRANZ-OLIVIER GIESBERT

**Q**UE es lo que ocurre en la Casa Blanca? Desde hace semanas y semanas, los consejeros de Jimmy Carter no saben qué partido tomar. Velan hasta muy tarde, andan con aire cansado, dan la impresión de cierto desencanto. No es, claro está, que por las tardes se entreguen a la droga en sus casas, como ha dicho parte de la prensa americana, no: intentan, desesperadamente, restaurar los blasones de su Presidente ante el país.

La tarea no es fácil. Cada vez que creen haberlo conseguido, estalla un nuevo "affaire" que vuelve a poner en entredicho la autoridad presidencial. El asunto Lance... El año pasado, Bert Lance, director del Presupuesto, se vio abocado a la dimisión por haber cometido, en época anterior, ciertas indecadesas financieras. El asunto Young... El último mes, Andrew Young, embajador de los Estados Unidos en la ONU, provocaba un formidable revuelo al declarar, a propósito de los procesos de Moscú, que los Estados Unidos también tienen, como todo el mundo sabe, centenares, tal vez millares, de prisioneros políticos. O bien, para remate, el caso Burne... La otra semana, el doctor Burne, consejero del Presidente para la Salud, tiene que dimitir por haber firmado... una falsa receta. Pero es que da la casualidad de que los tres son "amigos personales" de Jimmy Carter y él los trajo consigo de Georgia.

## Un plazo de seis meses

Todos los días, después de la rueda de prensa que ofrece Jody Powell, portavoz de la Casa Blanca, se olfatea en el ambiente el rastro de una nueva caza y los grandes rotativos fulminan: "Resultaría sorprenden-

te que un hombre incapaz de mantener a raya a sus familiares pudiese controlar su propio Gobierno", como escribía hace un par de semanas el editorialista del "New York Post", para añadir seguidamente: "El pueblo americano está necesitado de un líder a quien poder respetar... y se halla en un tris de perder la paciencia".

Constituye un record, o poco menos, el hecho de que Jimmy Carter sea, después de Harry Truman, el Presidente americano que haya logrado hacerse más impopular en la primera mitad de su mandato. Sus cotas de credibilidad han caído

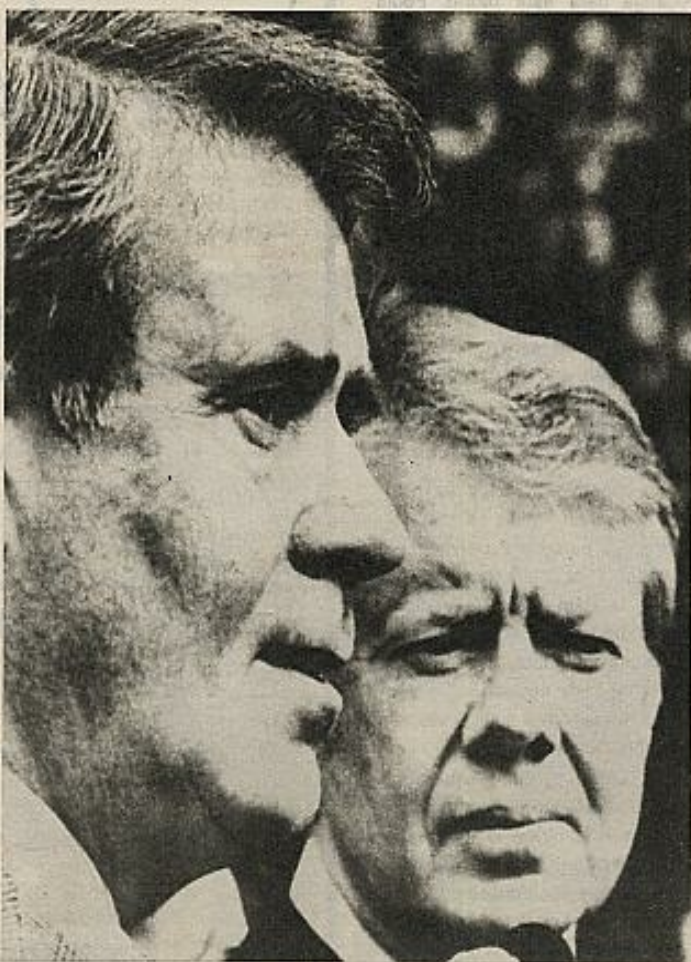
del 71 al 44 por 100, y tan sólo el 22 por 100 de los ciudadanos americanos aprueba su política exterior. Para la mayoría de los ciudadanos americanos es un hombre sin experiencia, inconsistente e inabordable. Más de una mirada comienza a volverse a hacia Richard Nixon, quien, vencidas las mil vergüenzas pasadas, va ganando terreno. En Hyden, pueblecito de Kentucky elegido por él para su retorno a la política, numerosos "fans" agitaban pancartas sorprendentes: "Nixon, ahora más que nunca". ¡Brrr!... El antiguo Presidente llegó a decir, arrebatado: "Tanto terreno ha

perdido Carter, que nosotros, los republicanos, estamos en la mejor disposición para volver con fuerza a las elecciones presidenciales de 1980".

¿Por qué esta crisis de confianza? "Es algo que no me preocupa", dice Jimmy Carter a los periodistas, sin perder un ápice de su eterna sonrisa. "De momento, me consagro a los problemas. Cuando éstos queden resueltos, ya subirá mi índice de aprecio, automáticamente". Pero, entre tanto, el descenso continúa, hasta el punto de que el establishment parezca más que decidido a liquidar a este intruso, jamás del todo aceptado, al que acusa de haber acelerado el declive de los Estados Unidos en el mundo.

Por otra parte, se extiende en algunos Gobiernos occidentales la convicción de que la era Carter toca a su fin, convicción que, en buena medida, llega por vía de las propias Embajadas USA. Ningún secreto violamos al decir que tanto Helmut Schmidt como Valéry Giscard d'Estaing albergan una común aversión hacia el "mesianismo" del Presidente americano, al que ambos a dos consideran un iluso forjador de sueños, por lo que los dos comienzan ahora a respirar. Los dirigentes soviéticos, por su parte, se frotan las manos. Y los hombres de la Casa Blanca confiesan con su proverbial franqueza: "Como no lleguemos a enderezar las cosas de aquí a seis meses, el Presidente no tendrá apenas autoridad, ni dentro del país ni en el resto del mundo".

Si, pero ¿qué es lo que hay que enderezar? ¿La política del Presidente Carter? La cosa no es tan sencilla, ya que la mayoría estadounidense reprocha, de entrada, a Jimmy Carter, según parece, su propio estilo de gobierno: le falta energía y es incapaz de saberse asesorar y ro-



Uno de los más próximos de Carter, Cyrus Vance, mediador nato, busca restablecer relaciones con la URSS.





Una de las acusaciones contra el Presidente Carter es la de que no sabe rodearse de asesores competentes.

dear de gente adecuada. A su llegada a la Casa Blanca comenzó a servirse de algunos "amiguets" que, a decir verdad, le ocasionaron más de una complicación. Este piadoso baptista parece pertenecer a ese género de personas que, al igual que La Rochefoucauld, creen que "es más vergonzoso desconfiar de los amigos que ser engañado por ellos..."

Resumiendo, las desgracias de Carter comenzaron hace un año con Bert Lance, su "amigo", su "hermano", el "viejo compañero" con el que frecuentemente compartió una copa o jugó al tenis. Antiguo patrón de la First National Bank de Calhoun, Bert Lance pertenece a esa "mafia georgiana" que ha llegado a acaparar, como antaño, bajo los Kennedy, el clan bostoniano, todos los puestos clave de la Administración Carter. Iba a ser uno de esos adalides destinados a cambiar y mejorar la política americana. Pero de pronto se descubre, entre otras acrobacias financieras, cómo el ex banquero extendió cheques sin fondos por un montante superior a los cincuenta millones de pesetas o utilizó el avión de su empresa para fines personales. Minucias, bagatelas..., pero que de ninguna manera son de su devoción pa-

ra el americano. Campaña de prensa al canto y Jimmy Carter que anuncia, con lágrimas en los ojos, a todo el país, el 21 de septiembre pasado, la dimisión de "este hombre honorable y bueno, que ha sido y será siempre tan próximo a mí". Telón.

### Huracán sobre Washington

Segundo "amigo" georgiano de Jimmy Carter: Andrew Young. De él se ha llegado a decir, en repetidas ocasiones, que es el más próximo de todos. Un hombre en verdad fascinante, que fue auxiliar de Martin Lutero King y a cuyo lado estaba cuando éste fue asesinado. Un hombre, por tanto, muy útil, ya que aportó a Carter la mayoría de los sufragios negros para su elección presidencial de 1976. El Jefe del Estado le nombra embajador de los Estados Unidos en la ONU y, lo que es más, miembro del propio Gobierno. ¿Cuál será el método diplomático del que toda América llama "Andy"? La pirotecnia. Lanza sus brillantes cohetes de colores al cielo y se convierte, con tanta rapidez como Farrah Fawcett-Majors, en una de las "vedettes" más célebres de los Estados Unidos. Y, al

igual que todas las estrellas, tiene sus "fans", como también sus detractores, que —sobre todo en estos tiempos— se multiplican...

Ya había escandalizado Andrew Young al declarar que los británicos tienen una "vieja mentalidad colonial" y que ellos habían "inventado el racismo". Acusó a los soviéticos de ser "los peores racistas del mundo". Dijo también, Dios sabrá por qué, que los suecos son "terribles racistas". Los habitantes del distrito de Queens, de Nueva York, son también acreedores del mismo epíteto, al igual que Richard Nixon o Gerald Ford... Y claro: cada vez que abre la boca, tormenta sobre Washington. Hasta ahora, Jimmy Carter tolera todo lo de "Andy", que es, como dice complacido, "nuestro tesoro nacional". El embajador recuerda, incluso, que Carter llegó a compadecerse de sus desgracias: "No te desanimes, hombre, por estos ataques; yo he conocido también estas cosas, después de mi entrevista en 'Playboy'..."

Tras cada extravagancia, Andrew Young jura a Jimmy Carter —crucifijo de madera o crucifijo de hierro— que no lo volverá a hacer nunca más. Pero vuelve de nuevo a las andadas:

"¿Qué quiere que le haga? Me dio la corazonada y...". Tiene asegurado el perdón presidencial. Pero ¿para siempre?

Algo debió de quebrarse entre los dos hombres después de la entrevista concedida por Andrew Young al diario "Matin". Justo cuando Carter se solidariza con los procesados rusos Chtaranski y Alexandre Guinzburg, su embajador declara —en un periódico francés y sobre la marcha— que tampoco faltan hombres que se van pudriendo en las cárceles americanas. No por sus opiniones, bien es verdad, sino, lisa y llanamente, por ser "pobres". Es un huracán que, en pleno verano, descarga su furia sobre Washington. La prensa se suelta la melena. Un parlamentario habla de "locura e insania". Otro decide desencadenar el procedimiento del impeachment (destitución) por parte del Congreso contra este hombre que, a su juicio, "no representa al pueblo americano". Proposición rechazada.

Los negros cierran filas en torno a su "hermano". "La falta de Andy —dice Parren Mitchell, jefe del 'loby' negro en el Congreso— es la de ser un hombre honrado que dice la verdad en un mundo corrompido". Y añade: "Si le ocurre cualquier cosa, la comunidad negra cesa-



## EL "PELIGROSO" CARTER

rá de sostener a la Administración Carter". ¿Será ésta la razón por la cual el Presidente americano, tras de sermonear a un Andrew Young que le presenta sus excusas, no haya siquiera soñado en separarse de él? No, no es esa la única razón. Sino que es también porque está convencido —como volvió a reiterarlo en la televisión hace dos semanas— de que su embajador en la ONU es "precioso" para el país. Pero he aquí que, por encima de todas las razones, buena parte del pueblo americano seguirá atribuyendo la permanencia de "Andy" en su puesto a la "debilidad" de Jimmy Carter, decididamente demasiado gentil para ser hombre de Estado.

### El teléfono estropeado

Pero hete aquí a otro "amigo" del Presidente que, en este negro verano, acaba de pringar la imagen de la Casa Blanca. Se trata de Peter Burne, un inglés encantador y distinguido. Era psiquiatra en Atlanta cuando Jimmy Carter, a la sazón gobernador de Georgia, le llamó a formar parte de su equipo, en 1970, a fin de que se ocupara de los problemas de la droga. Después de ser elegido Presidente, Carter le erige en consejero de la Salud y, claro está, para los problemas de la droga. La prensa "underground" aplaude el nombramiento. Este hombre, bien conocido por su liberalismo, ha sido siempre partidario de dulcificar la legislación antimarihuana. De hecho, en lugar de lanzarse a la caza de la "hierba", se emplea a fondo, sobre todo, en esas otras drogas peligrosas que son, según él, el alcohol, los tranquilizantes o los barbitúricos.

El pasado 7 de julio, Ellen Metsky, veinticinco años, secretaria suya, le pide ayuda. Hace cuatro meses que ha roto con su novieto, y desde entonces todo le va mal. Imposible dormir. Peter Burne le aconseja que se ponga en manos de algún psiquiatra. Que no y que no. "Yo quiero, sencillamente, dormir —dice—, y después ya todo irá mejor". Burne cede y, contrariamente a sus principios, le prescribe quince píldoras de uno de los más poderosos se-

dantes. Pero como sabe muy bien que los rumores circulan velozmente en Washington, no extiende la receta a nombre de la secretaria, sino al de "Sarah Brown", nombre ficticio. Ahí está el pecado. Como Ellen está muy atareada, envía a una amiga a buscar el sedante. Pero en la farmacia se encuentra por casualidad una inspectora que, rutinariamente, verifica la receta. Llama al médico que la ha firmado, con tan mala suerte que el teléfono está estropeado, y —pura rutina— marca el número de la Policía, con lo que la falsa prescripción del doctor Burne desemboca bien pronto en "uno" de los periódicos americanos.

Ya está Peter Burne en el co-



Jody Powell: conferencia de prensa diaria seguida de tumulto.

limador. Jack Anderson, el célebre columnista americano, le asestará el golpe de gracia al revelar que Peter Burne ha fumado porros y "husmeado" coína hace un año, durante una velada de seiscientos invitados, situada bajo la égida de la Organización Nacional para la Reforma de las Leyes sobre la Marihuana, cuyo presidente es, por añadidura, uno de sus amigos. El doctor Burne lo desmiente, pero a nadie convence: todos los testimonios concuerdan. Por lo que decide pedir la dimisión. Y sin medir demasiado bien las posibles consecuencias de sus palabras, declara al "New York Times" que, después de todo, ocurre que hay hombres en la

Casa Blanca que fuman "hierba" y, ocasionalmente, aspiran la "coca". ¡Escalofríos! Hunter Thompson, corresponsal de los Rolling Stone en Washington y gozoso apóstol de la droga, lo confirma.

Pregunta formulada durante la diaria conferencia de prensa de Jody Power: "Dime, Jody, ¿os 'emporráis' mucho vosotros aquí en la Casa Blanca?". La turbación es tal en el país que Jimmy Carter se ve forzado a expulsar de su equipo a todos los adeptos a la droga —si da con ellos, ya se entiende—.

El "affaire" Burne cae en picado. La campaña anti-Carter se localiza desde hace tiempo sobre el "staff" de la Casa Blanca. Si Jimmy Carter gobierna



Bert Lance: algunas indelicadezas financieras en el pasado.

mal, será, ante todo, porque está aconsejado por un equipo demasiado joven, demasiado desgarrado, demasiado liberal y, a la postre, demasiado irresponsable. En el banquillo, los tres hombres clave del Presidente, que son, claro está, georgianos.

Hamilton Jordan, treinta años, el número uno de la Casa Blanca. Es el estratega político, el hombre que llegó a convencer a Jimmy Carter a que se presentara para la Presidencia y que puso a punto los grandes ejes de su campaña. Hombre instintivo —léase brutal—, trastornó a placer los buenos modales washingtonianos. Fue él quien un día susurró a la embajadora de Egipto, deslizándose su mirada

por el escote: "No había visto nunca tan de cerca las pirámides...". Declaró también que, después de su estancia en la Casa Blanca, de buen grado entraría en el mundo de la diplomacia..., "justo para poder despertar y excitarse".

Jody Powell, treinta y cuatro años, portavoz del Presidente. Expulsado de la Academia del Aire de Colorado por haber falseado un examen, se volvió hacia las Ciencias Políticas: "Después de dar el viraje por un motivo semejante —dirá con frío humor—, no me quedaba otro campo que el de la política, ¿o no es verdad?". Muy próximo a Jimmy Carter, es algo más que un mero agregado de prensa. Su sueño: volver vivo a Georgia.

Stuart Eizenstat, treinta y cinco años, es el prototipo de Harvard. Cortés en extremo, el hombre nada tiene de un "pluc" georgiano. Hizo carrera bajo Lyndon Johnson, trabajando en el proyecto de la "Gran Sociedad". Si en el mundo de los negocios son apreciadas sus buenas maneras, causa también algunas alarmas por su "progresismo" en materia de ayuda a los parados y de igualdad de derechos.

La mayoría de los cuatrocientos cincuenta consejeros de la Casa Blanca están hechos a imagen y semejanza de estos tres hombres. Los viejos senadores del Capitolio les llaman, sin afecto alguno, "los niños". Estos "niños" llegan al trabajo a pie o en Metro, practican el "cross" en los jardines de la Casa Blanca y tienen habitualmente una alta idea de su misión, de servicio público. Son, en una palabra, sumamente oxigenantes, puede que algo ingenuos, pero nada demagogos, ni corrompidos por el poder.

### Sin zonas oscuras

Semejante injerto no acaba de prender en Washington. La georgiana Betty Rainwater, que frisa la treintena de años, tiene un velomotor en su oficina y ofrece siempre un "coke" —no cocaína, ojo, sino coca-cola— a sus visitantes, lo formula claramente:

—¿Nuestra capital? Es justamente lo que yo sospechaba: un mundo cerrado en sí mismo y separado del resto del país.





Andrew Young: a cambio de algunas "boulades", reconciliación americana con el Tercer Mundo.

Zbigniew Brzezinski, vigoroso antisoviético, arquetipo de la defensa de los derechos del hombre.

—La cotización de Jimmy Carter, ¿no es acaso más alta en el interior del país que en el mismo Washington?

—Jimmy Carter no hace electoralismo. El hecho de gobernar no es, para él, la búsqueda del reconocimiento inmediato de sus electores: consiste en atacar la solución de los problemas. Lo cual implica, y yo lo reconozco no sin inquietud, cierta incapacidad por nuestra parte en orden a mostrar las realizaciones del Presidente a la opinión pública.

James Fallows, veintiocho años, antiguo periodista, participó activamente en la lucha contra la guerra del Vietnam, en Harvard. Es hoy el hombre que escribe los discursos de Carter. Tiene otra explicación para esta especie de morosidad americana: "¿Que deberíamos explicar mejor la política de nuestra Administración? Conforme. Para ello acaba de ser nombrado un nuevo consejero, Gerald Rafshoon. Pero yo creo que el máximo reproche que el país formula a Carter es el de no haber cumplido todo lo que prometió. Si sus leyes pasaran con más facilidad por el Congreso, sería, ciertamente, más popular (hace una pausa). Las cosas terminarán por arreglarse por sí solas, puesto que nuestro pueblo llegará a comprender

que, por primera vez después de mucho tiempo, tiene un Presidente sin zonas oscuras. Un hombre en paz consigo mismo, que no necesita de aventuras militares para demostrar que es duro...".

Pero ¿no es justamente aquí donde aprieta el zapato? Desde el senador demócrata de Nueva York, Daniel Moynihan, hasta Henry Kissinger, los "anti-Carter" nostálgicos de la República imperial de Richard Nixon, afirman que hoy la influencia norteamericana en el mundo se encuentra en plena caída libre. Sin embargo, el equipo diplomático de Jimmy Carter parece más que competente y en él se encuentra todo cuanto es necesario ("Al Presidente le gusta siempre poder elegir entre varias posibilidades, tanto en política exterior como en los demás problemas"). Un vigoroso antisoviético, Zbigniew Brzezinski, hijo de un diplomático polaco y kreninólogo de altos vuelos, con el espíritu en perpetuo movimiento, es el arquitecto de la "guerra ideológica" urdida por Jimmy Carter a propósito de los derechos del hombre. Un profesional sereno y clásico, Cyrus Vance, antiguo abogado y mediador nato, que busca ante todo el establecimiento de relaciones con la URSS, se opone, lógicamente, con frecuencia, a

"Zbig". Y, por fin, un inspirado inconformista, Andrew Young, ha logrado, entre dos estrepitosas entrevistas, restaurar la imagen USA en los países en vías de desarrollo, especialmente en África.

Sí, pero, según los "anti-Carter", la diplomacia americana se encuentra totalmente en manos de Cyrus Vance y los "pacifistas" del Departamento de Estado. "Esta gente —dice Michael Ledeen, kissingeriano, director de la "Washington Review"— piensa que todos los males suscitados en el mundo durante estos últimos años han sido por culpa de los Estados Unidos. Y los inocentes de ellos se imaginan también que el día en que nosotros dejáramos de fabricar armas, los soviéticos harían lo mismo. ¡No hacen más que soñar!".

Jimmy Carter, ¿es, pues, acaso, peligroso? ¿Es el Presidente del ocaso americano? ¿Un Presidente veleta rodeado de un equipo de irresponsables en trance de rebajar a su país a un segundo plano, detrás de la URSS? Buena parte de los americanos lo cree así. Y, sin embargo...

Sin embargo, la economía americana no va tan mal. La tasa anual de inflación, bien es verdad, ha pasado del 10 por ciento al comienzo de su man-

dato al 11 por 100 de hoy. El dólar se desploma en los mercados financieros, también es verdad. Pero los negocios cobran un nuevo aliento en los Estados Unidos y el producto nacional bruto tenderá a aumentar este año en un 4 por 100, mientras el paro disminuye del 7 al 5 por ciento.

### "Ha removido demasiadas cosas"

¿La diplomacia americana? Las negociaciones con los soviéticos sobre armamentos estratégicos (SALT) se estancan, es cierto. Pero por primera vez una parte nada despreciable del Tercer Mundo no alberga ya antipatías hacia América. El mismo Andrew Young acaba de apuntarse un buen tanto en Namibia: con la colaboración de cuatro países occidentales ha sabido hallar la solución que permita a esta provincia de África del Sur acceder a la independencia sin sangre ni lágrimas.

El drama de Jimmy Carter es, en cierta manera, el de no saber cuidar las apariencias —no basta con sonreír— y el de haber asociado demasiadas veces su nombre a causas impopulares, por ejemplo, la de la reducción del consumo de energía. El plan Carter, encaminado a reducir las importaciones de petróleo, ha sido puesto en solfa por el Congreso, que se resiste a extraer lecciones de la crisis de la energía. El americano continuará, pues, consumiendo, por término medio, tres veces más energía que el europeo.

Andrew Young resumía posiblemente el "misterio Carter" al decirme hace ya seis meses: "Jimmy Carter fue un gran gobernador para Georgia. Todo lo cambió allí. No podía, legalmente, asumir un segundo mandato. Pero, aun en el caso de que pudiera hacerlo y se hubiera presentado a las elecciones, no estoy muy seguro de que fuera reelegido. Removió demasiadas cosas, chocando con multitud de hábitos... Tuvo que transcurrir bastante tiempo para que los georgianos pudiesen medir todo lo que él había hecho por ellos. Lo que yo deseo es que los americanos no dejen pasar tanto tiempo para percatarse de que tienen en Jimmy Carter un buen Presidente de los Estados Unidos de América".